

Entrevista con Manuel Echeverría

El desafío de la creación literaria

Ignacio Trejo Fuentes

Manuel Echeverría, Premio Xavier Villaurrutia 1974, autor de las novelas Un redoble muy largo, Historia de un desconocido y A sangre y fuego, entre otras, conversa con Ignacio Trejo Fuentes acerca de la fatalidad, de los conflictos de la existencia humana y de la perspectiva de la redención a través del desafío del quehacer literario.

Manuel Echeverría (Ciudad de México, 1942) es autor de las novelas *Último sol* (1968), *Las manos en el fuego* (1970), *Un redoble muy largo* (1974), *El enviado especial* (1984), *La noche del grito* (1987), *Historia de un desconocido* (1995) y *A sangre y fuego* (1999), novelas que lo hacen uno de los narradores más importantes de Latinoamérica, pese a su alejamiento definitivo de los círculos intelectuales: no promueve sus libros mediante presentaciones, conferencias o entrevistas (a mediados de los años setenta se negó cortésmente a recibir el Premio Xavier Villaurrutia otorgado a *Un redoble muy largo*, acaso para no provocar suspicacias debido a su cercanía familiar con el entonces presidente de la República). No obstante, Manuel accedió a conversar con nosotros a propósito de la aparición de su novela *La sombra del tiempo*, publicada por Océano.

La fatalidad es una constante en tus novelas. Casi todos tus personajes parecen construir castillos de arena y se les desbaratan, sean amorosos o de cualquier otra naturaleza, ¿por qué esa persistencia?

Puede ser una deformación personal de carácter metafísico o de carácter psicológico o una idea, muy arraigada, de que la novela es el campo donde se dirimen los conflictos más dramáticos de la existencia humana en tono ficticio, pero es la ficción, precisamente, la que te permite ser más drástico en el planteamiento del gran dilema humano que, por fuerza, es dramático y es de postrimería. Y porque en el balance final, en forma numérica, calculada, son siempre más los actos que enfrentan al hombre con la traición, la soledad, la frustración, la amargura, el aislamiento y la condena, que los de exaltación, la felicidad, el amor, la comunicación y, si no fuera

por esos muy breves momentos de triunfo moral, el ser humano estaría destruido y aniquilado.

“Precisamente esos pequeños chispazos, fulgores de carga positiva en el espíritu humano son los que le permiten enfrentarse a las enormes cargas negativas de la condición humana. En la novela, cuando menos desde mi punto de vista, he tratado de asomarme, explotar y explorar las cargas negativas que son las más estremecedoras y quizás, a mi juicio, son las que definen mejor la condición humana. Sí, es una visión muy pesimista.”

Una segunda lectura podría sugerir que al ver estas situaciones fatalistas, de desencanto y de desilusión, se atisba lo opuesto: la esperanza, la felicidad o la armonía...

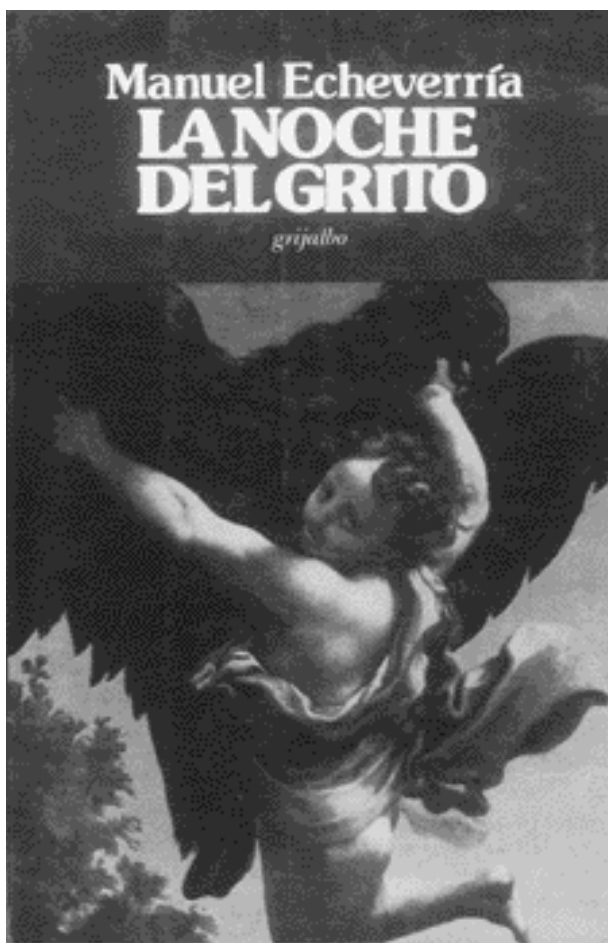
Sí, como búsqueda, anhelo, aspiración, ambición, normalmente derrotadas por las fuerzas de la perfidia, la traición, la negación, el engaño, la infidelidad; potencias que quizá, me cuesta mucho trabajo admitirlo, son características de sobrevivencia del ser humano. Si el ser humano ha logrado sobreponerse a sus alternantes biológicos es gracias a esa capacidad para la construcción y la destrucción, para el mal y el bien. Es al mismo tiempo un ángel y un demonio, más un demonio que un ángel. En algún momento la evolución lo va a llevar a ser algo más que un *homo sapiens*, pienso en un *homo sublimis*, pero para eso tendría que dejar atrás las cargas negativas que definen al *homo sapiens*. En los millones

de años que el hombre ha sido *homo sapiens* todas sus características negativas son las que le han dado su perfil más siniestro y, al mismo tiempo, más grandioso. Con los pocos recursos para el bien, el amor, la entrega, el sacrificio, la abnegación que definen a un ser humano, logra sobreponerse a esas inmensas cargas de intolerancia, de opresión, de abuso, de capacidad para la destrucción en todas sus manifestaciones que caracterizan a la especie. El mal no es un accidente, es una constante genética en el hombre igual que el bien, pero creo que las fuerzas del mal, por llamarlas cómodamente de alguna manera, son más poderosas que las fuerzas del bien.

Entre toda esta carga de conflictos, sinsabores por los que atraviesan los personajes, representantes de la especie humana, la soledad se percibe mucho en tu literatura...

Otra fuerza destructiva, otra plaga humana. ¿Qué es la soledad en el fondo? Falta de generosidad social. Cada vez somos menos generosos con nuestros afectos, con nuestro tiempo y nuestra capacidad de comunicación. Cada día vivimos más hacia adentro, desconfiamos del vecino, de la autoridad, de los agentes del orden, de las doctrinas, de la moral. Uno se reduce a ser un conglomerado inmenso de individuos, cada uno de ellos más desconfiado del vecino que el otro. Eso es la soledad, finalmente, es una ausencia de solidaridad social.

“De pronto algunas historias que me han interesado, curiosamente están habitadas por gente inerte, vulnerable (no hay nada más inerte, más vulnerable que un solitario). El solitario y el villano absoluto se convierten en magnitudes más tangibles de una historia, son más manejables, no en cuanto a que representen de una forma maniqueísta o maniquea la realidad porque la literatura tiene la obligación de ser menos categórica que la realidad; en la realidad tenemos gente que puede ser buena entre el desayuno y la comida, perversa entre la comida y la cena. La ambigüedad en la literatura no es un valor tan rentable. El personaje ambiguo en la literatura es bueno por excepción porque las exigencias de la composición dramática te obligan a que te enfrentes al mal absoluto y en cierta medida, al bien absoluto representado por los impulsos nobles de un personaje. Normalmente el bien absoluto es mucho más frágil que el mal absoluto. El antagonista, en las tragedias clásicas, es siempre más poderoso que el protagonista, el cual tiene una carga positiva y esa carga tiende a ser frágil, débil y muchas veces logra sobreponerse a la fuerza destructiva, omnipotente del antagonista ya sea porque se aliaron a su favor las fuerzas del azar o los propios dioses. Muchas veces el bien, en la literatura clásica, triunfa por casualidad no por determinación, el que parece que está destinado a triunfar es el mal, quizá porque el coeficiente de triunfos del mal en la historia es impresionante.”





© Rogelio Cordero

¿Hay esperanzas de redención? Pienso en el personaje de Las manos en el fuego, es un hombre joven, rico, no tiene mamá, vive ajeno al papá, a sus amigos los ve ocasionalmente, es un hombre solo, pero esa juventud podría leerse al final como una perspectiva de esperanza...

Ésa es otra situación típica que reclama su contrapartida atípica. El joven siempre ha sido visto como el destinatario de todas las posibilidades de carga positiva que puede haber en el alma humana y de hecho lo es, pero, ¿cuánto tiempo se mantiene joven y, por tanto, mantiene viva su carga positiva? No solamente desde el punto de vista biológico sino también el moral. El ser humano, muchas veces, envejece moralmente mucho antes de envejecer físicamente y en el momento que se produce el envejecimiento moral se pierde gran parte del vigor de la carga positiva del ser humano, y eso ocurre muy rápido en la vida, como consecuencia de las presiones de todo tipo que ejerce el Estado, la familia, los círculos, los grupos, la sociedad en una palabra. Hoy en día (pude utilizar la misma expresión en el siglo pasado, el XVIII, el XIV), la fuerza de la realidad social imperante obliga y reorienta, cada día más, hacia una actitud individualista, no en el sentido económico o político, sino en el sentido metafísico de la expresión: “sálvese el que pueda”, no sólo económica sino también espiritualmente.

“Las sociedades no están diseñadas, sobre todo dos o tres siglos atrás, para crear las condiciones para una salvación colectiva, sino cada vez más se plantea la salvación como un fenómeno aislado, solitario, un menester

de individuos sacrificados o lúcidos. El medio ambiente, el mundo conspira contra la salvación, las grandes desigualdades del mundo no crean la posibilidad de la salvación colectiva. A fin de cuentas estamos hablando de salvaciones individuales en lo material y en lo espiritual, la salvación individual llama y exige la presencia de un solitario, el hombre no necesita de nadie para salvarse, se salva solo, por tanto, se salva en la soledad.”

Y conforme he ido madurando (es un eufemismo para decir: conforme he ido envejeciendo) me he dado cuenta de que en el momento en que tratas de crear una cierta combinación de factores dramáticos, morales, emocionales y psíquicos en una historia las piezas tienden, misteriosamente, a acomodarse, en mi caso, en este esquema de negros que apunta a permanecer en un estado de oscuridad y de blancos cuyo estado de claridad tiende a difuminarse ante el impacto del medio ambiente. Es más fácil ser malo de principio a fin que ser bueno o pertenecer al bando de los justos, los honestos y los honorables; es más sencillo ser fiel a tu condición de egoísta que ser generoso. A un hombre le resulta más fácil vivir toda su vida en el egoísmo que en la generosidad, en el odio que en el amor, en la mezquindad que en la entrega, en la infidelidad que en la fidelidad. Y finalmente, es más fácil buscar la redención personal, exclusiva y autónoma que la redención en la comunidad, el grupo. Por eso, cuando me imagino y quiero darle peso específico a los protagonistas de una historia, trato de hacerlo con el oído muy pegado a la tierra, al piso y a

Todos los procesos creativos son muy parecidos. Quizá surgen de una idea germinal que a lo largo de un determinado tiempo, cuya relación es muy variable, siguen creciendo o se atrofian.

las paredes, para oír y percibir de cada uno de los individuos que elijo o que se me imponen en la historia para desarrollar.

“Normalmente intuyo mejor a los personajes cuando viven en la ambigüedad moral y son derrotados por las magnitudes negativas que cuando viven en la ambigüedad moral y son rescatados o revividos por las magnitudes positivas. Puede ser un problema de psicología personal.”

Hay personajes que encarnan lo que dices, por ejemplo, el arqueólogo en Historia de un desconocido, es un hombre bueno pero siente el acoso permanente de la sociedad, de sus colegas...

Estoy de acuerdo. El protagonista de esa novela, Fabiani, no logra permanecer fiel a su condición de maestro ecuánime y generoso hasta el final, es vencido por el celo profesional, la envidia, la ambición y la frustración, no logra llegar hasta el final del camino, es derrotado por esos demonios. Me hubiera gustado imaginar a un arqueólogo más grande emocionalmente, que fuera capaz de enfrentarse a un dilema trágico y resolverlo con carga positiva y no pudo, ¿no pudo él o no pude yo? Es lo que no sé.

En el caso de tu más reciente novela, La sombra del tiempo, todos buscan el poder. Es una maraña donde intervienen todos los elementos que mencionaste antes: la infidelidad, los golpes bajos, las traiciones, la ambición desmedida. Esa constancia me hace pensar en esa especie de pesimismo del que hablé.

Es una visión muy lúgubre destacada por muy pocos elementos de carga positiva. Quizás haya por ahí dos o tres individuos cuya filiación moral los rescate un poco, pero la fuerza dominante es de carga positiva. Estoy de acuerdo. Desde luego no es una decisión racional, estética, dirigida y controlada. Es una forma muy interna, profunda y honesta de expresarlo dramáticamente y en eso sí creo que hay deformación y formación personal marcada por la psicología, las experiencias, las visiones de la vida, la sensibilidad y porque intuyo mejor el lado trágico que el lado generoso de la existencia.

También se da en la relación de pareja. En casi todas tus novelas las parejas están truncadas, en constante bailar al filo de la navaja, se deshacen, se desbaratan...

En forcejeo, en la posición, en ruptura, sí. Quizá, porque creo que en la relación de pareja es donde se escenifica de una manera más dramática, palpable, palpitante, el gran dilema humano que oscila entre la generosidad, la mezquindad, la entrega, la reserva, la traición y la fidelidad; es ahí quizá la primera experiencia profunda que tiene el ser humano desde que es muy joven para saber qué clase de ser humano va a ser o quiere ser. Me cuesta trabajo imaginar a un ser humano en el plano real de las cosas, no en medio del mundo de las máscaras, a un marido golpeador, mezquino, opresivo e infiel y en el momento que sale de su casa, en un hombre solidario, abnegado, generoso, constructivo. Así ocurre, pero la máscara es la que da del umbral de la casa hacia fuera, el verdadero “yo” de ese hombre es del umbral hacia dentro.

Una visión idílica de la pareja siempre ha sido muy problemática, cada día más y hoy en día es, no diría inimaginable o inconcebible pero sí excepcional. Y es en esa gran tensión entre la realidad íntima del hombre y su realidad social en donde se plantea un nuevo dilema y un nuevo antagonismo, un nuevo sistema de forcejeos donde el hombre está continuamente dividido entre su personalidad real y su personalidad externa. El fundamento de la personalidad externa está en el hombre interior, en su relación con su familia y pareja; en el exterior suele crear otro sistema de relaciones, pero va a ser muy difícil que logre mantener una máscara tanto tiempo y finalmente su realidad externa va a sucumbir a su realidad interna. Sería muy fácil saber quiénes son los hombres que vemos actuar en el mundo si conociéramos realmente su biografía interna para saber cuántos minutos le faltan para cometer un acto de injusticia, para faltar a su palabra, para traicionar una promesa o para mostrarse despótico, violento, dictatorial; porque la impronta real se genera en la intimidad.

“Por eso me interesa tanto explorar el derrumbe de la intimidad o entender el antagonismo y el forcejeo y los desplomes de la vida íntima como un asunto de prólogo de lo que puede ser o lo que va a ser. De hecho, en esta novela hay dos o tres casos en donde coexiste cierta coherencia entre la vida íntima y la vida pública, por ejemplo el abogado que muere, pero en todos los otros, hay una tesis de discrepancia no como algo calculado sino como resultado de una historia que de pronto ocurre así, es decir, ¿cómo se me ocurren las his-

torias? Si de pronto hay un conflicto que veo de determinada manera, al contarlo trato de ver por qué ocurrió de esa forma y si pudo ser diferente. Cuando trato de situarme en otras hipótesis explicativas me doy cuenta que la historia no tendría el mínimo de coherencia que hubiera querido darle desde el principio a menos que me mantenga fiel a esa psicología turbulenta, contradictoria, fragmentada y quebrada que define al ser humano.”

En ese sentido me llama mucho la atención un pasaje de El enviado especial, donde el periodista / protagonista rescata de un pleito a una mujer embarazada y esa misma tarde tiene sexo con ella.

Es un abuso. Quiroga, el protagonista de esta historia, es un hombre fragmentado, ¿de dónde surge este personaje? Es fácil suponerlo, viene de la frustración, de la impotencia y de pronto viene un momento no tanto para defender una causa noble sino para obtener una pequeña ganancia personal porque prácticamente la está violando. Años después pensé en esta escena y me pregunté, ¿por qué resolví esto así? Estaba tratando de construir un personaje coherente dentro de una línea de carga positiva y resultó un tipo cuyo saldo moral es desastroso. Al reflexionar sobre ese episodio y la relación que tiene con la muchacha, realmente, brilla la índole moral de Quiroga. Él llega a ese punto por accidente, reacciona como es y luego trata de redimirse con los marineros que tienen problemas. Se cae la máscara y los lectores ven cómo se cae. Cuando pensé la historia no me había dado cuenta que ese episodio era el *punch line* de la novela, y lo resolví de una manera pesimista y sombría, inconscientemente. Es un caso típico el que estás señalando.

Acompañando a los suicidas, los solitarios, los muertos que siempre están presentes en tus novelas también hay mucha violencia, a veces una violencia manifiesta y otras latente. ¿Tú crees que todos llevamos violencia de manera natural?

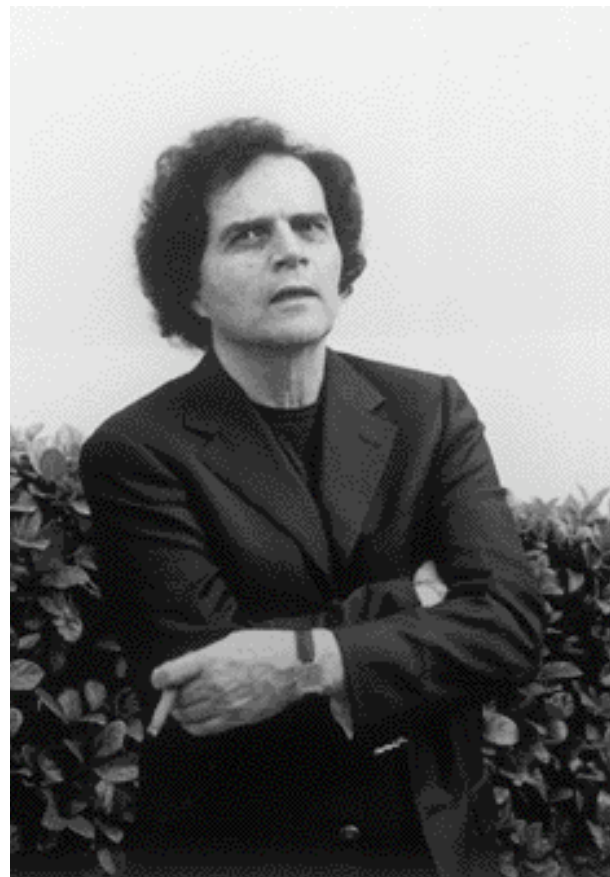
Sí, en eso sí creo. Ésa es una convicción no solamente instintiva sino también racional. El hombre está ejerciendo violencia permanentemente cuando no puede ejercer la “violencia de hecho” que es la que está más reprimida por los códigos legales y los códigos morales, por la religión, el derecho y la costumbre; de esta forma ejerce una especie de violencia sublimada en la relación amorosa, amistosa, en la relación con el Estado. ¿Qué hace un ciudadano cuando en lugar de salir con una pistola y cometer un asalto en la esquina se las arregla para engañar a la autoridad? Comete y ejerce violencia, actúa de una manera ilegal. La ilegalidad es la máxima forma de violencia que puede haber.

“Desde un marco legal una vez que un hombre golpea o mata a alguien en la vía pública o en despoblado

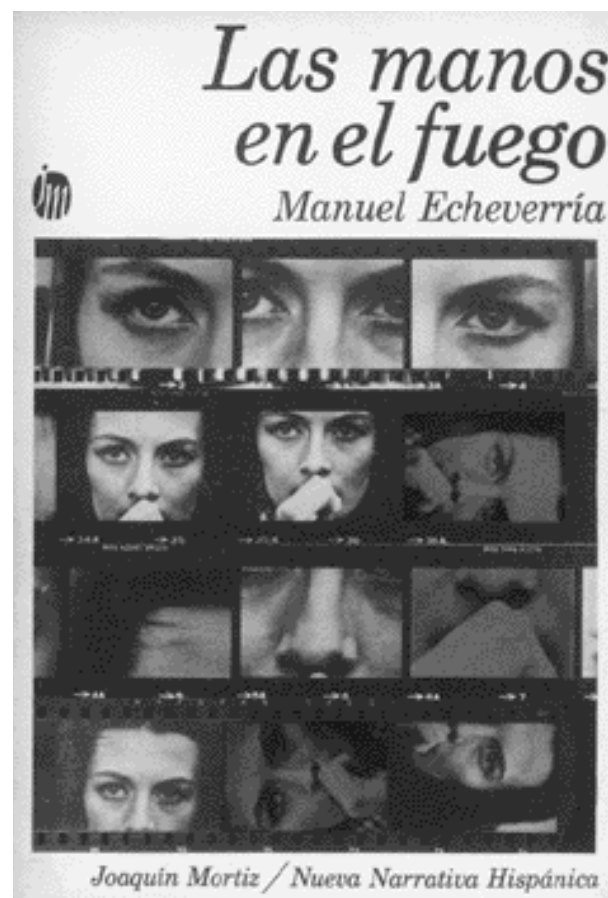
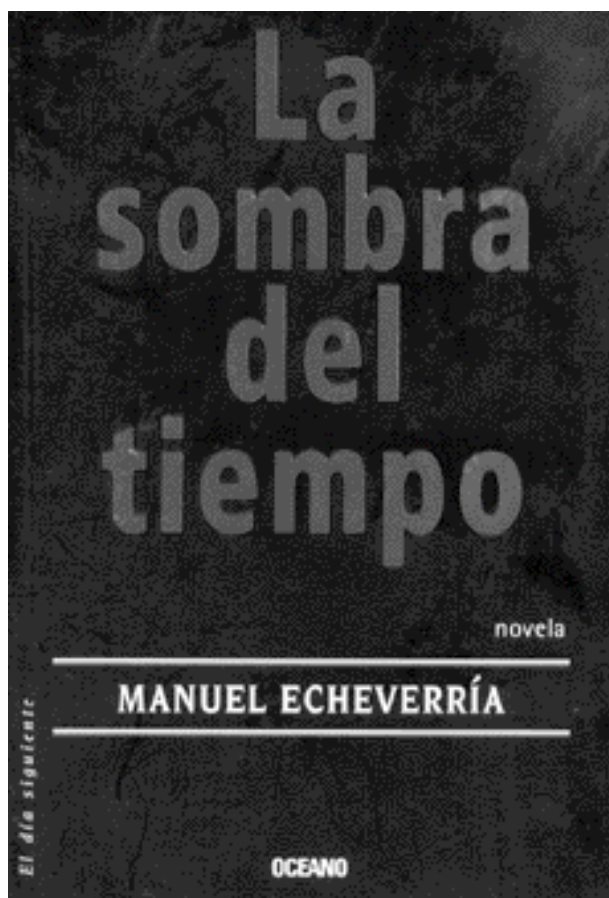
es la máxima expresión de violencia pero, a falta de eso que hubiera podido hacer y no pudo, hace lo otro. El ser humano está buscando continuamente canales de desahogo de la violencia. El sexo mismo tiene una gran dosis de ésta. En los procedimientos en los que se terminan las relaciones amorosas hay mucha violencia. Todo en la sociedad está diseñado para tratar de atenuar y gobernar la violencia; ése es el origen del derecho, de la religión, de los códigos sociales. La proliferación de sociedades humanas: *clubs*, iglesias, cofradías, institutos, cenáculos, partidos políticos son pactos, de mayor o menor magnitud, en donde se conviene en no recurrir a la violencia en beneficio de la solución constructiva o pacífica que se rompe continuamente. La monogamia es un pacto para evitar el desorden sexual que se ejercía con violencia. La violencia gratuita es el signo predominante de la raza humana. La violencia como forma de expresar el ser más profundo de su biología; ningún otro animal es, ha sido o difícilmente será tan violento. La literatura o el arte dramático en general han sido los grandes analistas, el gran canal de expresión y de debate para tratar de entender la violencia. Creo que es el gran tema.”

De La sombra del tiempo recuerdo un pasaje donde el anciano agonizante tiene a su servicio una enfermera que le hace felaciones, pero regularmente no te detienes a la descripción de actos sexuales, ¿hay alguna razón?

Sí, tengo una aversión brutal a explotar el dato erótico en una novela en el que hay un propósito comercial.



© Rogelio Celis



Los episodios eróticos deben tener un propósito dramático, estético y debe ser necesario para el progreso de la historia. En el momento en que se convierte simplemente en una ilustración, en un episodio decorativo se está traicionando el flujo dramático de la historia. Los pasajes eróticos son poco explícitos como lo son en la vida real, donde solamente son explícitos para los protagonistas, nadie los ve. El verdadero problema de la pornografía no es el hecho que los seres humanos sean fotografiados en una relación erótica sino en que se pierde, en la difusión de este episodio, la esencia misma de la relación que es la intimidad, se convierte en un acto público, trivial y antierótico. Una de las cualidades que le da al erotismo su máximo valor es el secreto y la intimidad, ésa es su naturaleza. En el momento en que me veo obligado por el desarrollo dramático a aludir eso, he llegado a todos los extremos que he podido para mantenerlo intramuros, sin que pierda su fuerza dramática y es una dualidad difícil de mantener pero creo que es una posición más lógica y honorable de respetar su naturaleza profunda. Me produce mucha confusión hablar de esto.

En La noche del grito llama mi atención el protagonista, un sacerdote. Hay otro cura en tu nueva novela, ¿por qué esos personajes?

Tengo la idea de que hay algunas profesiones que por su índole revisten una enorme gravedad moral y tienen

una carga dramática que no tienen las demás profesiones: el cura, el médico y el abogado. El médico tiene en sus manos la vida de un ser humano, la muerte o la salud, la enfermedad o la normalidad; no creo que pueda haber un dilema más grande. Un paciente se entrega a la pericia de su médico de la manera más inerte como lo hace un niño a la buena fe de sus padres. De la pericia y de la buena fe del abogado depende el patrimonio y la libertad de un individuo. De la capacidad de persuasión y de la capacidad pastoral de un sacerdote depende la salud emocional, la felicidad espiritual y la salvación espiritual de un ser humano. De las decisiones de los políticos dependen el bienestar, el futuro y la estabilidad de millones de personas. Aunque la política no es una profesión, es un destino al que puede acceder cualquier individuo. A mí la política como asunto literario de momento no me interesa. Por respetables que sean las demás profesiones, los ingenieros, los químicos, los arquitectos, los contadores, no tienen la misma carga dramática que los primeramente apuntados.

Tus historias, al llevarlas al papel, siguen un trazo, una arquitectura bien calculada, ¿cuál es el proceso que sigues cuando concibes alguna idea y cómo lo desarrollas en la práctica?, ¿cómo piensas la historia general, las subhistorias y los procesos de tiempo?, ¿haces apuntes, esbozos, bosquejos?

Todos los procesos creativos son muy parecidos. Quizá surgen de una idea germinal que a lo largo de un

determinado tiempo, cuya relación es muy variable, siguen creciendo o se atrofian, antes de que escriba. Si la historia sigue creciendo, en la especulación, es posible que ahí empiece a materializarse y en el momento en que tengo cuatro o cinco puntos de referencia bien definidos empiezo a escribir, y trato de ir desarrollando la historia conforme trabajo en ella. El caso contrario es el de la planificación casi arquitectónica y el uso de los planos, pueden ser efectivos para algunas personas pero a mí me resultan difíciles de manejar, siento como si fueran camisas de fuerza. Un plan muy detallado me impediría escribir con libertad. Después vienen las exigencias de la propia historia conforme se van desarrollando y los arranques, raptos y arrebatos de libertad excesivos se van autocorrigiendo como consecuencia de un proceso de comparación entre lo que se salvó y lo que no va a servirle a la historia.

“Hay una decisión muy consciente y deliberada en cuanto al intento de ser, en la medida de mis posibilidades, lo más riguroso que pueda. Todo lo que está mal redactado, desde el punto de vista de la sintaxis castellana —en mis novelas—, es por fatiga o porque no pude hacerlo mejor, pero no hay descuidos deliberados; no creo en la prosa descuidada como un canon de expresión vista, no creo en las ligerezas gramaticales, no creo que se le haga un servicio al lector, el cual finalmente te va a hacer el honor y el favor de consumir lo que has estado haciendo. Cuando el lector encuentra una barrera en la escritura difícilmente va a detenerse a especular o a dejarse subyugar ante las decisiones morales de la novela si, para empezar, hay un problema de acceso. Y para facilitarle el acceso hay que tratar de manejar el material de la novela de la forma más rigurosa y auténtica que se pueda, en este caso, la primera fidelidad es hacia el rigor sintáctico de la novela.”

En tus novelas has arriesgado mucho en la adjetivación, resulta muy natural, es tu estilo, pero en la más reciente sacrificas esta cualidad lírica...

La historia tenía tantos matices, altibajos, alternativas y quise refrenar el impulso lírico en beneficio del impulso dramático y evitar distracciones al lector para que se concentrara lo más posible en el dilema humano que en la belleza formal, me interesó más la intensidad de fondo que la belleza de la forma.

En Un redoble muy largo y en La sombra del tiempo hay historias principales y también subhistorias que se en - garzan de manera impecable, ¿sacrificas algunos pasajes, tienes piedad o te vuelves inmisericorde?

Al principio sé perfectamente de qué tratan las historias y tengo una idea aproximada de las subhistorias, pero he aprendido a eliminar materiales que aunque hayan sido muy bien resueltos no contribuyen al desarrollo dramático. Antes me costaba mucho trabajo decir “se va”, despiadadamente, ahora no me cuesta ningún trabajo, ya luego lloraré, ¿por qué? Porque invertí mucho tiempo en esa escena. Más tarde vienen las decisiones equivocadas: partes que debieron estar se van, y partes que permanecen debieron haberse ido. Uno nunca se va a reconciliar totalmente con el material.

¿Hay algún libro tuyo que ahora no publicarías?

Quizá, pero como fueron hijos de momentos difíciles para mí, me sentiría muy vil si lo hiciera. No me siento orgulloso de manera pareja pero sí me siento comprometido.

¿Qué te dicen tus lectores, sus reacciones, sus inquietudes, sus respuestas?

Es interesante porque muchas veces he escuchado opiniones —incluso entusiasmadas— de partes o fragmentos de los libros que a mí no me parecían tan interesantes, resueltos y bien escritos. Esa situación me produce confusión y un poco de desánimo. Te hacen caer en esa situación un tanto inmanejable, significa que yo debería escribir así para tener un lector eventual más propicio, con mejores respuestas. ¿Debería revisar lo que estoy haciendo? Puesto que partes inconscientes del libro resultaron mejor que las partes más explícitas o lo que yo creí que era más importante del libro no tuvo esa respuesta. Todo se reduce a si debo escribir para gustar más o para que me guste más lo que escribo. Te enfrentas a un dilema muy desprestigiado (da vergüenza hablar de él), cuando menos entre la gente de mi generación, que es: “no escribas para que te lean, escribe para que te guste”, “no escribas para vender, escribe para cumplir con un imperativo interno”. Ese dilema no tiene solución porque nadie puede escribir para vender porque nadie sabe qué se vende. Creo que el escritor no escribe lo que quiere sino lo que puede y no escribe como quiere

Creo que el escritor no escribe lo que quiere sino lo que puede y no escribe como quiere sino como puede y si eventualmente se suscita una respuesta favorable, maravilloso.



sino como puede, y si eventualmente se suscita una respuesta favorable, maravilloso. Y si no, sigue escribiendo, cumple con tus imperativos internos.

¿Te ha coqueteado la idea o la posibilidad de ya no escribir?

No, hasta ahorita no. He pasado por momentos de desánimo, de confusión, de desesperación porque tengo ganas de escribir una historia que ya casi veo con gran claridad y no he podido sentarme a escribir porque todavía no tengo los elementos formales para escribirla. Sí, he pasado por crisis graves sobre la vitalidad y el sentido de la literatura.

¿A qué se debe tu decisión de alejarte de los grupos literarios, las entrevistas, los premios y los espacios donde conviven los escritores?

Por un lado, responde a una cuestión de temperamento y de carácter. Segundo, siempre me ha costado mucho trabajo identificar a la literatura con un proceso de asociación porque, por instinto, he creído que en la medida en que yo me dedique a escribir es, exactamente igual, que si un individuo se dedica a otra actividad, en donde la pertenencia a un grupo no va a reflejar el aumento de su coeficiente intelectual. Los grupos literarios están

animados por cuestiones de afinidad estética y el grupo suele llevar, inmediatamente, a una especie de escuela. Los grupos generan movimientos estéticos, unas veces para bien, otras no; creo que son necesarios y le han hecho bien a la literatura, en este caso. Pero también creo que la pertenencia a un grupo sin restar libertad sí resta autonomía, y ha sido una forma de mantener mi autonomía como escritor en un mundo donde es crecientemente más difícil ser independiente. La salud de cualquier producto artístico, desde la escultura hasta la literatura, se beneficia mucho de la introspección, el aislamiento y la autonomía. Sí, me ha llevado a actitudes declaradamente extremas, pero la parte más radical de esta actitud, puramente pragmática, obedece a una cuestión de carácter.

“Me siento más cómodo enfrentándome solo al desafío de escribir y sí envidia, eventualmente, la camaradería de los grupos porque ejercen una gran interinfluencia. Son estímulos permanentes y son muy buenos motores del desarrollo individual, cuando se manejan con honestidad y verdadera fraternidad, pero yo no he sido capaz, por carácter o por fatalidad social, de acercarme a ellos. Quizá no he pertenecido a los grupos adecuados, no he estado en los lugares geográficos necesarios y ésta es una de las grandes explicaciones.” **U**